

decir *tres* y dar la palmada, yo me tiro, y adiós miserable vida humana. Pero cuidado cómo te entra lástima de mí y te tiras detrás á sacarme... que tú eres muy pillo y te creo capaz de hacer cualquier tontería. Si lo haces, perderemos las amistades... ¡Ah! te dejo mi escarcela con todo el dinero que traigo, para que te compres botas y te vistas como las personas decentes. Otra cosa tengo que encargarte, y es que no se te pase por la cabeza ir á Turrís con el cuento de que me he tirado al agua. Tú te callas, y cuando salga mi cuerpo por ahí, lo sabrán. Conque ¿estamos? ¿Te has enterado bien? Ahora, asegúrame que es bastante hondo el río por esta parte; no vaya á resultar que hay poca agua, y todo se reduce á una zambullida y á una mojadura que me constipará sin poderme ahogar.

—Pues como hondura, no hay nada que pedir—declaró Celín sentándose tranquilamente.—Aquí había unas grandes canteras de donde se sacó mucho mármol, todo el mármol del coro de la catedral. Cuando viene el río y llena estas cámaras sin fin, los peces tienen ahí una condenada república, y no bajan de cien mil millones de docenas los que hay. Cuando alguna persona se echa á nadar aquí, ó cuando algún pastor de cabras

se cae, se lo meriendan los peces en un abrir y cerrar de ojos, y al minuto de caído no queda de él ni una hebra de carne, ni una migaja así de hueso, ni nada.

—¡Ave Maria purísima, qué miedo!—exclamó la señorita llevándose las manos á la cabeza.—Francamente, yo quiero morir, puedes creérmelo; pero eso de que me coman los peces antes de ahogarme, no me hace maldita gracia. Afortunadamente habrá más abajo un lugar hondo donde una pueda acabar tranquilamente. Llévame, y te prohibo que digas palabra alguna con el fin de quitarme esta idea de la cabeza. Tú eres un niño y no entiendes de esto. Feliz tú que no conoces la infinita tristeza de la viudéz del alma.

CAPÍTULO VI

Prosiguen los retozos juveniles por charcos, praderas y vericuetos.

Quando se pusieron de nuevo en camino, Diana reparó que Celín tenía ligero bozo sobre el labio superior, vello finísimo que aumentaba la gracia y donosura de su ros-

tro adolescente, tirando á varonil. Como observara al propio tiempo que la voz de su guía había mudado, la joven sintió cierto estupor.

—Celín, tú has crecido. No me lo niegues, —dijo con sobresalto.—¿Qué virtud tienes en tí para crecer por horas? Muchas maravillas he visto, pero ninguna como esta. No te achiques, no te achiques. Ya me das por encima del hombro... Si eres casi tan alto como yo .. ¿Qué es esto?

—Yo soy así—replicó Celín con gravedad humorística.—Crezco de día y menguo por la noche.

Y también notó Diana que el mancebo había adquirido cierto aplomo en sus modales y andadura, aunque su agilidad y ligereza eran las mismas. Tomaron por una vereda, y entraron en terreno fangoso salpicado de piedras. La niña de Pioz saltaba de una en otra procurando evitar el mojarse los piés. Llegaron por fin á un charco, que comunicaba sus aguas con las del Alcana, y allí sí que no era posible pasar sin ponerse los zapatos perdidos. Celín no le dió tiempo á pensarlo, y sin decir nada intentó llevarla á cuestras.

—Quita ahí—dijo ella.—¿Cómo vas á poder conmigo? No seas bruto. Busquemos otro camino.

Pero Celín no hizo caso, y quieras que no, la levantó en brazos como si fuera una pluma.

—Vaya, hijo, que tienes una fuerza... No lo creí. Ni siquiera te fatigas. Cuidado que yo peso...

—Te llevaría de esta manera hasta la noche, sin cansarme—afirmó él.—Pesas menos que una caña para mí.

Diana se sentía en los brazos de su acompañante como en un aro de hierro. De este modo anduvo el muchacho con su preciosa carga una buena pieza, metiéndose en el agua hasta las rodillas; y Diana se veía acometida de fuertes ganas de reír cuando las desigualdes del suelo del arroyo obligaban á Celín á hundirse, elevando los brazos para que ni los piés ni el borde del manto de la señorita se mojaran. Al dejarla en tierra, no se conocía en la respiración del misterioso chico la más leve fatiga.

—Vaya que eres fuerte—dijo ella dando un suspiro.—Si yo viviera, que no viviré, y te recomendara á mi papá, podrías ser nuestro palafrenero, y se te pondría una librea con la cual estarías muy majo.

Celín, sin hacer caso de lo que la señorita decía, empezó á coger piedras y á tirarlas con presteza y empuje increíbles en di-

rección del río. Su brazo era como inflexible honda, y las piedras salían silbando, á manera de balas, perdiéndose de vista.

—Pero ¿qué haces, chiquillo? ¿Apedreas el río? Mira que se enfadará.

Oíase un lejano murmullo del agua, y en el mismo instante empezaron á caer gotas.

—Llueve, Celín, ¿dónde nos metemos?— dijo la damita echándose el manto por la cabeza. Pero el otro, por toda respuesta, tornó á cogerla en brazos y entró con ella en una gruta. Desde allí vieron que el río se alborotaba, encrespando sus aguas. Celín volvió á tirar piedras, y lo que más pasmaba á Diana fué verle coger cantos enormes y dispararlos cual si fueran los tejuelos con que se juega á la rayuela. Cuando aquellos pedruscos caían en la undosa corriente, oíase un mugido profundo exhalado por las aguas, y además un rumor dulce y misterioso como sonido de arpas distantes.

—¿Qué es esto, Celinito?... ¡Ah! me parece que el río se va. Sí, las aguas merman, ¡pero cómo! El cauce se queda seco... Mira, mira... Las aguas corren hacia arriba y las olas se atropellan. Pero tú, ¿por qué tiras piedras? ¡Qué malo eres! Ya ves, le has espantado, y ahora nos quedaremos sin río. Y emprenda

usted ahora otra caminata para ir á bucarlo. ¡Pero qué cosas tienes! ¿Crees que estoy yo para perder el tiempo de esta manera?

El río se desecaba rápidamente, mejor dicho, se retiraba inquieto y murmurante á otras regiones. Al llegar á este punto, dice muy serio Gaspar Díez de Turrís que aquel enojo de la señorita por la desaparición del Alcana era más bien estratagema de su amor propio que sentimiento sincero y veráz, y que para suponerlo así se apoya en documentos irrecusables encontrados en el archivo de la casa de Pioz. Después cuenta que como continuase lloviendo, el travieso Celín salió de la cueva y empezó á arrojar piedras contra el cielo. Era cosa de ver cómo los proyectiles herían las nubes, perdiéndose en ellas.

—¡Oh! chico, ¿también tiras al cielo?—le dijo Diana asustadísima.—Eso es pecado. Al cielo no, al cielo no.

Y entonces se verificó el más grande prodigio de aquella prodigiosa jornada, á saber, que las nubes, heridas por las piedras, corrieron presurosas, y pronto se despejó el firmamento. Diana miraba las nubes empujándose unas á otras, como las reses de un rebaño á quienes el pánico hace correr á la desbandada. El sol inundó entonces con sus

rayos picantes toda la comarca, y cielo y tierra sonrieron. La joven y Celín pudieron andar por lo que un rato antes era lecho del río, sorteando los charcos que habían quedado aquí y allí. Como el sol picaba bastante, á Diana le daba calor el manto y se lo quitó, entregándolo á Celín para que se lo llevase. Y cuando se vió libre de aquel estorbo, sintió infantil deseo de saltar y agitarse. La risa le retozaba en los labios. Sus ideas habían variado, determinándose en ella algo que lo mismo podría ser consuelo que olvido. Lo pasado se alejaba, lo presente adquiriría á sus ojos formas placenteras, y había perdido la noción del tiempo transcurrido y del momento ú ocasión en que lo presente sucedía. Después de dar muchos brincos de peña en peña, apoyada en la firme mano de su guía, le entró á la niña un caprichoso anhelo de descalzarse para meter los piés en el agua. Ni ella misma podía decir en qué punto y hora lo hizo; pero ello es que zapatos y medias desaparecieron, y Dianita gozaba extraordinariamente agitando con su blanco y lindísimo pié el agua de los charcos, en alguno de los cuales había pececillos de todos colores, abandonados por sus padres, crustáceos y caracoles monisimos. Las arenas de oro se mezclaban con el limo

blando y verde, y en algunos sitios brillaban al sol como polvo luminoso. También vieron y admiraron ejemplares peregrinos de la flora acuática.

Todo era motivo de algazara y risa para la saltona y vivaracha señorita de Pioz, que de cuando en cuando se acordaba de su propósito de matarse, como de un sueño, y su orgullo rezongaba entonces como una fiera que se ladea durmiendo, y decía:

—Sí, me mataré. Quedamos en que me mataría, y no me vuelvo atrás. Pero hay tiempo para todo.

Llegaron de esta manera á la otra orilla del vacío cáuce, y para subir á la ribera, Celín se agarró á la rama de un saúce, y cogiendo á la señorita con un solo brazo, la suspendió en el aire y trepó con ella hasta ponerla sobre el verde ribazo. De allí pasaron á un campo hermosísimo, cubierto de menudo césped y salpicado de olorosas hierbas. Bandadas de mariposas volaban trazando graciosas curvas en el aire. Celín las cogía á puñados y las volvía á soltar soplando tras ellas para que volasen más aprisa. La agilidad del gallardo mancebo, la misma de antes, aunque su cuerpo era mucho mayor. Diana no cesaba de admirar la elegancia de sus movimientos varoniles y las airosas

líneas de aquel cuerpo, en el cual la poca ropa, rayana en desnudéz, no excluía la decencia. La marquesita había visto algo semejante en el Museo de Turrís, y Celín le inspiraba la admiración pura y casta de las obras maestras del Arte.

De repente ¡ay! saltó una liebre, y más pronto que la vista brincó Celín tras ella, la agarró por una pata, y suspendiéndola en el aire para mostrarla á su amiga, le aplicó en el hocico ligera bofetada y la soltó. Diana palmoteaba viéndola correr precipitada y temerosa. No recordaba la joven haber respirado nunca un aire tan balsámico y puro, tan grato á los pulmones, tan estimulante de la vida y de la alegría y paz del espíritu. De repente notó increíble novedad en su atavío. Recordaba haberse quitado botas y medias; pero su chaquetilla de terciopelo con pieles, ¿cuándo se la había quitado? ¿dónde estaba?

—Celín, ¿qué has hecho de mi manto?

La señorita se vió el cuerpo ceñido con jubón ligero, los brazos al aire, la garganta *idem per idem*. Lo más particular era que no sentía frío. Su falda se había acortado.

—Mira, hijo, mira: estoy como las pastoras pintadas en los abanicos ¡Es gracioso!

¿Y cómo me he puesto así? La verdad es que no comprendo cómo usa botas la gente ilustrada. ¡Qué tonta es la gente ilustrada, Celín! ¡Cuán agradable es posar el pié sobre la hierba fresca! Y allá, en Turrís, usamos tanto faralá inútil, tanto trapo que sofoca, además de desfigurar el cuerpo. Avisa cuando veas una fuente para mirarme en ella. Quiero ver cómo estoy así, aunque desde luego se me figura que estaré bien, mejor que con las disparatadas invenciones de las modistas de Turrís.

Dicho esto, se lanzó en alegre carrerita tras de Celín, quien corría como el viento. ¡Qué le había de alcanzar!.. Pero él, cuando la veía fatigada, se dejaba coger, y enlazados de las manos proseguían su camino. Lo más particular era que Dianita sentía su corazón lleno de inocencia, y no le pasó por la cabeza que era inconveniente mostrar parte de su bella pierna á los ojos de su amigo. El recato se conservaba entero é inmaculado en medio de aquellos retozos inocentes, antes condenados por la civilización que por la Naturaleza. Celín arrancó de un matorral dos ó tres cañitas, y poniéndoselas en la boca, empezó á tocar una música tan linda, pero tan linda y animada, que á Diana le entraron ganas de bailar, y antes de que las

ganas se trocaran en vivo deseo, los piés bailaron solos. Y la danza aquella se compuso, según afirma el cronista, de los vaivenes más gallardos que podría idear la honestedad.

Después del baile, dijo Celín:

—Tengo hambre. ¿Y tú?

—Yo, tal cual. Pero ¿dónde encontraremos aquí qué comer? Por aquí no hay nada.

—¿Qué no? Verás. Cerca de aquí debe de estar el árbol de los pollos asados.

Diana soltó la carcajada.

—¿Te ríes? ¡Qué tonta! Es una planta parecida á la que da los melones. La traje también el Alcana, y la dejó aquí. Yo solo la he descubierto, y no lo digo á nadie, porque vendrían los hosteleros de Turris y se llevarían toda la fruta.

Y metiéndose por entre el espeso ramaje, volvió al instante con uno al parecer melón. Partiolo sin trabajo. Dentro tenía una pulpa blanquecina, que Diana extrajo con los dedos para probarla. ¡Caso más raro! Era lo mismo que pechuga de pollo fiambre. ¡Qué cosa tan rica! Ambos comieron y se hartaron, bebiendo después agua cristalina en una fuente próxima. La señorita daba de beber á Celín en el hueco de su mano, como es uso y costumbre en los idilios inocentes.

CAPÍTULO VII

Donde se narra lo que verá el que leyere,
y el que no, no.

Atravesaron una carretera muy bien cuidada por donde iba mucha gente en dirección á Turris: aldeanos con sus hatos á la espalda, gente acomodada, en carricoches ó en borriquillos, mendigos de ambos sexos. Unos saludaban á la gentil pareja, otros no. Pero todos la miraban sin asombro, señal de que nada encontraban en ella digno de atención ó comentario. Todo aquel gentío iba á gozar las fiestas de la ciudad, y pasaban también diligencias atestadas de viajeros alegres que cantaban y reían; el tren silbaba á lo lejos. En las primeras casas de una aldea próxima vieron enormes carteles fijados por las empresas de ferrocarriles. Celín y Diana se pararon á leerlos, ella apoyada en el hombro del mancebo, él marcando las letras con una ramita que en la mano llevaba. Decían así: "Espléndidos Autos de fe en Turris, los días 2 y 5 de brumario. Sesenta víctimas á la parrilla. Toros el 3, de la ganade-